

EL GRANJERO Y EL ARCÁNGEL MIGUEL

Érase una vez un granjero pobre. Se comprometió con una chica y quería casarse, pero no tenían testigos. Así que partió, decidido a elegir sólo a un hombre honesto.

Entonces se encontró con Cristo, quien lo saludó con las palabras:

-*"¡Que Dios te ayude!"*

-*"Dios se apiade de nosotros",* respondió el granjero a ese saludo.

-*"¿A dónde vas?"* preguntó Cristo.

-*"Estoy buscando una persona sensata que sea testigo de mi boda".*

-*"Oh, ¿no puedo ser yo?"*

-*"¿Quién eres y qué haces?"* preguntó el granjero.

-*"Yo soy Cristo".*

-*"¡Cristo!, ¡no, no te quiero como testigo!. Como Hijo de Dios, tú mismo te has hecho Dios y eres tan injusto como él. A uno le das riquezas, al otro solo hambre. ¿Cómo puede alguien querer el bien cuando permite tanta injusticia? Y por eso no te quiero como testigo",*
Dijo el granjero, y siguió su camino.

No pasó mucho tiempo antes de que conociera a San Pedro. Él también lo saludó y le preguntó a dónde quería ir. Entonces el granjero dijo que buscaba un testigo para su boda, con lo cual Pedro también se presentó como tal. Pero el campesino apenas sabía a quién había encontrado cuando respondió:

-*"No, no te quiero como testigo, San Pedro. Después de todo, eres tú quien tiene la llave del paraíso. A uno le dejas entrar, al otro no. ¿Crees que eso es justo?"*

Finalmente, se encontró con el Arcángel Miguel, quien lo saludó:

-*"¡Que Dios te ayude, hermano!"*

-*"A ti también",* respondió el campesino, y dijo:

-*"Estoy buscando un testigo para mi boda, pero solo quiero un hombre justo para eso".*

-*"Tómame."*

-*"Entonces, ¿quién eres?"* preguntó el granjero, examinando atentamente al Arcángel de pies a cabeza.

-*"¿No me conoces? Yo soy el Arcángel Miguel."*

-*"Ajá, el que viene a buscar las almas de los hombres. Sí, eres el adecuado para mí, te llevaré, porque visitas a cada persona y te vas con su alma"*

Entonces el Arcángel Miguel se convirtió en testigo en el casamiento del campesino pobre. Después de la boda, el Arcángel le dijo al novio:

-“Tú me has elegido y así me rendiste respeto. Por eso te daré esta botella de agua como agradecimiento. Te hará rico,... así que ya no tendrás que ser pobre.”

-“¿Cómo podría hacerme rico con una botella de agua?” preguntó el granjero con asombro.

-“Con esta botella puedes sanar. Tan pronto como rocíes a una persona enferma con unas gotas, se mejorará y te recompensará por ello. Así te convertirás en un médico famoso y adquirirás fortuna”.

El agricultor simplemente no podía creer que unas pocas gotas de agua fueran suficientes para curar a los enfermos, así que volvió a preguntarle al Arcángel:

-“¿Cómo puede este agua curar todas las enfermedades?”

-“Oh, eso es muy simple. Una vez que hayas rociado a una persona enferma con ella, simplemente no vendré por su alma todavía. Vivirá y mejorará”.

Después de estas palabras, el Arcángel se despidió y partió.

El granjero curó todas las enfermedades posibles como le había dicho el Arcángel. Pronto la historia de sus poderes curativos se extendió por toda la Tierra, y en poco tiempo el pobre campesino se convirtió en un hombre rico.

Después de un tiempo se le ocurrió la idea de invitar a su testigo de bodas.

El Arcángel viajó hacia la región donde vivía el granjero y le pidió al hombre que le hiciera una visita a su casa. El granjero se puso muy contento y buscó al Arcángel. Éste lo condujo primero a través de un palacio parecido al del zar, luego a través de uno aún más hermoso: todas las paredes eran de oro y piedras preciosas.

Finalmente entraron a una gran sala llena de velas encendidas. Eran velas muy grandes, y cuando estaban juntas parecían un bosque. Algunas eran tan altas como álamos, probablemente recién encendidas, otras ya estaban medio quemadas y otras quedaron con solo un tocón incandescente.

Asombrado por lo que vio, el hombre le preguntó al Arcángel Miguel:

-“¿Qué significan todas esas velas?”

-“¿Por qué algunas son completamente nuevas, mientras que otras son la mitad y otras están completamente quemadas?”

El Arcángel respondió:

-“Las velas altas pertenecen a los niños que son recién nacidos. Las medio quemadas pertenecen a las personas que han llegado a la mitad de su vida. Aquellas que están casi por

consumirse son de las personas cuyas vidas pronto terminarán. Tan pronto como una se apague, le quitaré el alma a la persona a quien perteneció esa vela”

“Por favor, dime qué vela es la mía”, preguntó el hombre con ansiedad.

Entonces el Arcángel señaló una vela que pronto se iba a apagar.

Sobresaltado, quería ver la vela de su propio hijo, el cual acababa de nacer. Pero su vela era alta como un álamo, casi nada se había consumido.

-“Qué diferencia con la mía”, pensó el granjero, y preguntó: ‘

-“Querido Arcángel, ¿puedes de alguna manera cambiar mi vela por la de mi hijo?

-“¿Por qué quisiste un hombre justo como testigo de bodas, si tú mismo eres tan injusto?” preguntó el Arcángel Miguel enojado, y luego continuó:

-“¿Quieres la vela de tu propio hijo, que acaba de nacer? ¿Ese recién nacido tiene que morir ahora, sólo para tú, que has vivido tanto, puedas vivir aún más?”

Enojado, el Arcángel Miguel sacó al campesino fuera de su reino y solo unos días después vino a por su alma.

Extraído de vrijeschoolliederen.nl/